

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA UTILIDAD DE CREER, A HONORATO. Un libro. (C)

Disputa contra los maniqueos y demuestra que ellos sacrílegamente y temerariamente atacan a aquellos que, siguiendo la autoridad de la fe católica, se preparan para la comprensión de los misterios con su ayuda, mientras creen en lo que aún no pueden percibir con la mente. Pero primero muestra que el Antiguo Testamento es erróneamente criticado por los mismos herejes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Con qué propósito escribe esto a Honorato. Hereje y creyente en herejes, no es lo mismo. Argumento de la obra. Cómo Agustín fue engañado por los maniqueos. Dicho de los maniqueos sobre los desertores de su secta. Si me pareciera, Honorato, que ser hereje y ser un hombre que cree en herejes es lo mismo, consideraría que tanto con la lengua como con el estilo debería descansar en esta causa. Pero ahora, dado que hay una gran diferencia entre estas dos cosas: ya que, según mi opinión, es hereje quien, por algún beneficio temporal, y sobre todo por la gloria y el liderazgo propio, genera o sigue opiniones falsas y nuevas; mientras que aquel que cree en tales hombres es un hombre engañado por una cierta apariencia de verdad y piedad: siendo así las cosas, no pensé que debía guardar silencio contigo sobre lo que me parece acerca de encontrar y retener la verdad; por la cual, como sabes, desde la juventud hemos ardido con gran amor. Pero es un asunto muy alejado de las mentes de los hombres vanos, que, habiéndose adentrado y caído demasiado en estas cosas corporales, no piensan que hay otra cosa que lo que perciben con estos cinco conocidos mensajeros del cuerpo; y las heridas e imágenes que reciben de ellos, las vuelven sobre sí mismos, incluso cuando intentan alejarse de los sentidos; y creen que pueden medir con la regla mortífera y engañosa de estas cosas los inefables secretos de la verdad. Nada es más fácil, mi queridísimo, que no solo decir, sino también opinar que se ha encontrado la verdad: pero cuán difícil es en realidad, lo reconocerás, confío, con estas mis cartas. Para que te sean útiles, o al menos no te perjudiquen, y a todos aquellos en cuyas manos puedan caer, he rogado a Dios, y sigo rogando; y espero que así sea, si soy bien consciente de mí mismo, que he abordado este estilo con un ánimo piadoso y servicial, no por la búsqueda de un vano nombre y una ostentación trivial.

2. Mi propósito, por tanto, es probarte, si puedo, que los maniqueos sacrílegamente y temerariamente atacan a aquellos que, siguiendo la autoridad de la fe católica, antes de que puedan contemplar la verdad que se ve con una mente pura, son preparados por la fe y se preparan para el Dios que los iluminará. Sabes, Honorato, que no caímos en tales hombres por otra razón, sino porque decían que, separada la terrible autoridad, introducirían a quienes quisieran escucharlos a Dios con mera y simple razón, y los liberarían de todo error. ¿Qué otra cosa me impulsaba, durante casi nueve años, a seguir y escuchar diligentemente a esos hombres, despreciando la religión que me había sido inculcada de niño por mis padres, sino que decían que éramos aterrorizados por la superstición, y que se nos imponía la fe antes que la razón, mientras que ellos no presionaban a nadie a la fe, sino que primero discutían y aclaraban la verdad? ¿Quién no sería seducido por tales promesas, especialmente un joven ávido de verdad, incluso orgulloso y locuaz por las disputas de algunos hombres doctos en la escuela: tal como me encontraron entonces, despreciando como cuentos de viejas, y deseando fervientemente retener y absorber la verdad abierta y sincera que prometían? Pero, ¿qué razón me hacía volver, para no quedarme completamente con ellos, y mantenerme en ese grado que llaman de los Oyentes, para no abandonar la esperanza y los negocios de este mundo; sino que también notaba que eran más elocuentes y abundantes en refutar a otros, que firmes y

seguros en probar lo suyo? Pero, ¿qué diré de mí mismo, que ya era cristiano católico? ¿Qué ahora, después de una larguísima sed casi exhausto y árido, he vuelto a los pechos con toda avidez, y los he sacudido y exprimido llorando y gimiendo profundamente, para que manara lo que pudiera ser suficiente para mi recreación y para restaurar la esperanza de vida y salvación? ¿Qué diré, entonces, de mí mismo? Tú, que aún no eres cristiano, que por mi exhortación, cuando los aborrecías vehementemente, apenas fuiste persuadido de que debían ser escuchados y explorados, ¿por qué otra cosa, te ruego que recuerdes, fuiste deleitado, sino por una gran presunción y promesa de razones? Pero porque durante mucho tiempo y con gran vehemencia discutían sobre los errores de los ignorantes, lo cual es facilísimo para cualquiera medianamente instruido, lo aprendí tarde: si también nos insertaban algo de lo suyo, lo reteníamos por necesidad, ya que no se nos ocurría otra cosa en la que pudiéramos descansar. Así nos hacían lo que suelen hacer los cazadores insidiosos que colocan varas pegajosas cerca del agua, para engañar a las aves sedientas. Pues cubren y de alguna manera ocultan otras aguas que están cerca, o incluso las alejan con maquinaciones temibles, para que caigan en sus trampas, no por elección, sino por falta de opciones.

3. Pero, ¿por qué no me respondo a mí mismo, que esas elegantes y graciosas similitudes y reproches de este tipo pueden ser lanzados de manera muy ingeniosa y mordaz por cualquier adversario contra todos los que enseñan algo? Pero por esto pensé que debía insertar algo así en mis cartas, para advertirles que dejen de actuar de esta manera: para que, como dijo aquel, separadas las trivialidades de los lugares comunes, la cosa se enfrente con la cosa, la causa con la causa, la razón con la razón (Cicerón). Por lo tanto, dejen de decir aquello que tienen en la boca como necesario, cuando alguien que los ha escuchado durante mucho tiempo los abandona, que la Luz ha pasado por él. Pues ves tú, mi mayor preocupación (pues no me preocupo demasiado por ellos), cuán vano y fácil de reprochar puede ser esto para cualquiera. Así que dejo esto a tu prudencia para que lo discutas. No temo que pienses que estoy desprovisto de luz, cuando estaba implicado en esta vida del mundo, llevando una esperanza oscura, sobre la belleza de una esposa, sobre la pompa de las riquezas, sobre la vanidad de los honores y otros placeres nocivos y perniciosos. Pues todas estas cosas, como no te es desconocido, no dejaba de desear y esperar mientras los escuchaba con diligencia. Y no atribuyo esto a su doctrina: pues confieso que también ellos aconsejan diligentemente que se eviten estas cosas. Pero decir ahora que he sido abandonado por la luz, cuando me he apartado de todas estas sombras de cosas, y he decidido contentarme solo con el sustento necesario para la salud del cuerpo, y que fui iluminado y resplandeciente cuando amaba estas cosas y estaba envuelto en ellas, es propio de un hombre que, para decirlo suavemente, considera menos agudamente las cosas sobre las que le gusta mucho hablar. Pero vayamos al asunto, si te parece.

CAPÍTULO II.

4. Los maniqueos critican el Antiguo Testamento ante los ignorantes. Pues bien sabes que los maniqueos, al criticar la fe católica, y especialmente al desgarrar y destruir el Antiguo Testamento, conmueven a los ignorantes: que ciertamente no saben hasta qué punto deben ser recibidas esas cosas, y cómo, absorbidas útilmente, descienden a las venas y médulas de las almas que aún están balbuceando. Y porque hay allí ciertas cosas que ofenden a las mentes ignorantes y negligentes de sí mismas, que es la mayor parte de la multitud, pueden ser acusadas popularmente: pero no pueden ser defendidas popularmente, debido a los misterios que contienen, por muchos. Aquellos pocos que saben hacer esto, no aman ciertas disputas públicas y notorias; y por esto son poco conocidos, excepto por aquellos que los buscan con gran insistencia. De esta temeridad de los maniqueos, con la que critican el Antiguo Testamento y la fe católica, recibe, te ruego, lo que me mueve. Deseo y espero que lo recibas

con el mismo ánimo con el que lo digo. Dios, que conoce los secretos de mi conciencia, sabe que no actúo maliciosamente en este discurso: sino que, como creo que debe ser recibido, por la causa de probar la verdad: a la cual hemos decidido vivir desde hace mucho tiempo, y con increíble solicitud; no sea que me sea facilísimo errar contigo, pero mantener el camino recto contigo sea, para no hablar más duramente, difícilísimo. Pero presumo que en esta esperanza, en la que espero que obtengáis conmigo el camino de la sabiduría, no me abandonará aquel a quien estoy consagrado: a quien intento contemplar día y noche; y porque, debido a mis pecados y a la costumbre de las heridas de opiniones adormecedoras, llevando el ojo del alma herido, reconozco que soy débil, a menudo ruego con lágrimas. Y así como después de una larga ceguera y tinieblas, con los ojos apenas abiertos, y aún palpitando y rechazando la luz, que sin embargo desean, especialmente si alguien intenta mostrarles este sol: así me sucede ahora, no negando que hay un bien inefable y singular del alma que se ve con la mente; y confesando con llanto y gemido que aún no soy apto para contemplarlo. No me abandonará, por tanto, si no finjo nada, si soy guiado por el deber, si amo la verdad, si aprecio la amistad, si temo mucho que seas engañado.

CAPÍTULO III.

5. Cuádruple manera de tratar las escrituras del Antiguo Testamento. Historia y etiología en las Escrituras. Analogía. Alegoría. La ley no es necesaria sino para aquellos a quienes es útil la servidumbre y el temor. Misterios velados en la antigua Ley. Toda Escritura, que se llama Antiguo Testamento, se transmite de manera cuádruple a quienes desean conocerla diligentemente; según la historia, según la etiología, según la analogía, según la alegoría. No pienses que soy inepto por usar nombres griegos. Primero, porque así lo recibí, y no me atrevo a comunicártelo de otra manera que como lo recibí. Luego, también adviertes que no son nombres usados en estas cosas entre nosotros: que si los hubiera fabricado interpretando, ciertamente sería más inepto; pero si los hubiera circunlocutado, sería menos expedito en la disertación. Solo te ruego que creas que, de cualquier manera que me equivoque, nada hago con inflado y presuntuoso ánimo. Según la historia, por tanto, se transmite, cuando se enseña qué está escrito, o qué se hizo; qué no se hizo, sino que solo se escribió como si se hubiera hecho. Según la etiología, cuando se muestra por qué causa se hizo o se dijo algo. Según la analogía, cuando se demuestra que los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, no se contradicen. Según la alegoría, cuando se enseña que ciertas cosas que están escritas no deben ser tomadas literalmente, sino entendidas figuradamente.

6. De todas estas maneras, nuestro Señor Jesucristo y los Apóstoles hicieron uso. Pues de la historia se tomó aquello cuando se objetó que en el día de reposo sus discípulos arrancaron espigas: "¿No habéis leído", dice, "lo que hizo David cuando tuvo hambre, y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer, ni a los que con él estaban, sino solo a los sacerdotes?" (Mat. XII, 3, 4). A la etiología pertenece aquello que cuando Cristo prohibió repudiar a la esposa, salvo por causa de fornicación, y fue relatado por los que preguntaban que Moisés, dando carta de divorcio, permitió la licencia: "Esto", dice, "Moisés lo hizo por la dureza de vuestro corazón" (Id. XIX, 8). Aquí se dio la causa por la cual aquello fue bien permitido por Moisés por un tiempo; para que lo que Cristo mandaba, pareciera demostrar ya otros tiempos. Las vicisitudes de estos tiempos, y el orden dispuesto y compuesto por una maravillosa disposición de la providencia divina, es largo de explicar.

7. Ahora bien, la analogía, por la cual se percibe la congruencia de ambos Testamentos, ¿qué diré yo que la usaron todos aquellos a cuya autoridad ellos ceden; cuando pueden considerar por sí mismos cuántas cosas suelen decir que fueron introducidas en las Escrituras divinas por

no sé qué corruptores de la verdad? Esta voz siempre me pareció, incluso cuando los escuchaba, la más inválida: ni solo a mí, sino también a ti (pues bien lo recuerdo) y a todos nosotros, que intentábamos tener un poco más de diligencia en juzgar que la multitud de creyentes. Ahora bien, después de que se me han expuesto y aclarado muchas cosas que me movían especialmente, aquellas en las que su discurso se jacta la mayoría de las veces, y cuanto más seguro sin adversario, tanto más efusivamente exulta; nada me parece más impúdico dicho por ellos, o para hablar más suavemente, más descuidado e ineficaz, que las Escrituras divinas estén corruptas: ya que no pueden demostrarlo con ningún ejemplar tan reciente en la memoria. Pues si dijeran que no creían que debían ser aceptadas en absoluto, porque fueron escritas por aquellos que no creían que escribieron la verdad; sería de alguna manera una tergiversación más recta de ellos, o un error más humano. Pues esto hicieron con aquel libro que se titula Hechos de los Apóstoles. Cuando considero su consejo, no puedo dejar de maravillarme. Pues ese libro tiene tantas cosas que son similares a las que aceptan, que me parece de gran necedad no aceptarlo también, y si algo allí los ofende, decir que es falso e introducido. O si tal discurso es impudente, como lo es, ¿por qué en las Epístolas de Pablo, por qué en los cuatro libros del Evangelio creen que puede valer algo, en los cuales no sé si hay mucho más en proporción, que en aquel libro podría haber sido creído introducido por los corruptores? Pero sin duda es lo que me parece, lo que te pido que consideres conmigo con juicio muy plácido y sereno. Pues sabes que, intentando introducir la persona de su autor Maniqueo en el número de los Apóstoles, dicen que el Espíritu Santo, que el Señor prometió enviar a sus discípulos, vino a nosotros a través de él. Por lo tanto, si aceptaran los Hechos de los Apóstoles, en los cuales se predica claramente la venida del Espíritu Santo (Hech. II, 2-4), no encontrarían cómo decir que fue introducido. Pues quieren que no sé qué corruptores de los Libros divinos existieran antes de los tiempos del mismo Maniqueo; pero que los corrompieron aquellos que querían mezclar la ley de los judíos con el Evangelio. Pero esto sobre el Espíritu Santo lo hablaremos más claramente en otra ocasión. Ahora volvamos a lo que había propuesto.

8. Pues tanto la historia del Antiguo Testamento, como la etiología, y la analogía se encuentran en el Nuevo Testamento, como creo que se ha demostrado suficientemente: resta mostrar sobre la alegoría. El mismo nuestro Libertador en el Evangelio usa alegoría del Antiguo Testamento: "Esta generación", dice, "busca una señal; y no se le dará sino la señal del profeta Jonás. Porque como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra" (Mat. XII, 39, 40). Pues ¿qué diré yo del apóstol Pablo, que incluso la misma historia del Éxodo indica que fue una alegoría del futuro pueblo cristiano en la primera Epístola a los Corintios? "No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar: y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo. Pero en la mayoría de ellos no se complació Dios: pues fueron postrados en el desierto. Estas cosas fueron figuras nuestras, para que no seamos codiciosos de males, como ellos codiciaron. Ni seamos idólatras, como algunos de ellos, como está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantaron a jugar. Ni fornicemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil hombres. Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el exterminador. Todas estas cosas les acontecieron en figura. Y están escritas para nuestra corrección, en quienes han llegado los fines de los siglos" (1 Cor. X, 1-11). Hay también en el Apóstol una cierta alegoría, ciertamente muy pertinente a la causa, por lo que ellos mismos acostumbran a proponerla y mostrarla en la disputa. Pues el mismo Pablo dice a los Gálatas:

"Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, y otro de la libre: pero el de la esclava nació según la carne; pero el de la libre, por la promesa: que son dichas por alegoría. Pues estas son dos Testamentos: uno ciertamente del monte Sinaí que engendra para servidumbre, que es Agar. Pues Sinaí es un monte en Arabia, que confina con la que ahora es Jerusalén, y sirve con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, que es madre de todos nosotros" (Gál. IV, 22-26).

9. Así pues, estos hombres extremadamente malvados, al intentar frustrar la Ley, nos obligan a aprobar esas Escrituras. Observan que se ha dicho que aquellos que están bajo la Ley están en servidumbre, y destacan especialmente lo siguiente: "Habéis sido separados de Cristo, vosotros que os justificáis en la ley; de la gracia habéis caído" (Gálatas 5, 4). Concedemos que todo esto es verdad, y no decimos que esa ley sea necesaria, salvo para aquellos a quienes todavía les es útil la servidumbre: por lo tanto, fue promulgada útilmente, porque los hombres que no podían ser apartados del pecado por la razón, debían ser coaccionados por tal ley, es decir, por las amenazas y terrores de esas penas que pueden parecer severas; de las cuales la gracia de Cristo nos libera, no condenando esa ley, sino invitándonos a obedecer a su caridad, no a servir al temor de la Ley. Esa es la gracia, es decir, el beneficio que no entienden que les ha llegado divinamente, quienes todavía desean estar bajo las cadenas de la Ley. A quienes Pablo justamente reprende como infieles, porque no creen que han sido liberados por nuestro Señor Jesús de la servidumbre a la que estaban sujetos por la disposición justísima de Dios en un tiempo determinado. De ahí lo que dice el mismo apóstol: "La Ley fue nuestro pedagogo para llevarnos a Cristo" (Gálatas 3, 24). Él, por tanto, dio a los hombres un pedagogo a quien temer, y luego un maestro a quien amar. Sin embargo, en los preceptos y mandamientos de la Ley, que ahora no es lícito que los cristianos usen, como el sábado, la circuncisión, los sacrificios, y cualquier cosa de este tipo, se contienen tantos misterios, que todo piadoso entiende que nada es más pernicioso que tomar cualquier cosa allí al pie de la letra, es decir, literalmente; y nada más saludable que ser revelado por el espíritu. De ahí: "La letra mata, pero el espíritu vivifica". De ahí: "El mismo velo permanece en la lectura del Antiguo Testamento, que no se revela, porque en Cristo se elimina". En Cristo, de hecho, no se elimina el Antiguo Testamento, sino su velo; para que a través de Cristo se entienda y se descubra lo que sin Cristo es oscuro y cubierto. Inmediatamente el mismo apóstol añade: "Pero cuando te conviertas al Señor, el velo será quitado" (2 Corintios 3, 6, 14, 16). No dice, por tanto, que se quitará la Ley; o el Antiguo Testamento. Así que no fueron eliminados por la gracia del Señor, como si allí se ocultaran cosas inútiles; sino más bien el velo que cubría las cosas útiles. De esta manera se trata con aquellos que buscan diligente y piadosamente el sentido de esas Escrituras, y se les muestra con esmero tanto el orden de las cosas, como las causas de los hechos y dichos, y la gran congruencia del Antiguo Testamento con el Nuevo, de modo que no quede ni un ápice que no concuerde; y los secretos de las figuras son tan grandes, que todo lo que se extrae interpretando obliga a confesar que son miserables aquellos que quieren condenar estas cosas antes de aprenderlas.

CAPÍTULO IV.

10. Triple error de los lectores. Pero para dejar de lado por ahora la profundidad del conocimiento, trataré contigo como creo que se debe tratar con un amigo; es decir, como yo puedo, no como he admirado que puedan los hombres más doctos: hay tres tipos de error en los que los hombres caen cuando leen algo. Hablaré de cada uno. El primer tipo es cuando se cree verdadero lo que es falso, mientras que el autor pensó otra cosa. El segundo, aunque no tan extendido, no es menos dañino, cuando se cree verdadero lo que es falso, pero se cree lo que también pensó el autor. El tercero es cuando se entiende algo verdadero de un escrito

ajeno, aunque el autor no lo haya entendido. En este tipo hay no poca utilidad, es más, si lo consideras detenidamente, todo el fruto de la lectura está intacto. Un ejemplo del primer tipo es si alguien, por ejemplo, dice y cree que Radamanto escucha y juzga las causas de los muertos en el inframundo, porque lo leyó en el poema de Virgilio (Eneida, libro 6, versos 566-569). Aquí se equivoca de dos maneras; porque cree algo que no debe creerse, y tampoco se debe pensar que lo creyó el autor que leyó. El segundo tipo se puede observar así: si alguien, porque Lucrecio escribe que el alma está compuesta de átomos y que después de la muerte se disuelve y desaparece en los mismos átomos, cree que esto es verdadero y debe ser creído. Pues también aquí es igualmente miserable, si sobre un asunto tan importante se ha convencido de algo falso; aunque Lucrecio, cuyos libros lo engañaron, lo haya pensado. ¿De qué le sirve estar seguro de la opinión del autor, cuando ha elegido a alguien no para no errar, sino para errar con él? El tercer tipo se acomoda así: si alguien, al leer en los libros de Epicuro un pasaje donde alaba la continencia, afirma que Epicuro puso el sumo bien en la virtud, y por eso no debe ser culpado. ¿Qué le importa a este el error de Epicuro, si aquel cree que el sumo bien del hombre es el placer del cuerpo; cuando este no se ha entregado a una opinión tan vil y dañina, y Epicuro le agrada solo porque no cree que haya sentido lo que no debe ser sentido? Este error no solo es humano, sino a menudo también el más digno del hombre. ¿Qué pasaría si se me informara de alguien a quien amo que, siendo adulto, dijo a muchos oyentes que le agradaba tanto la infancia y la niñez que incluso juró querer vivir de la misma manera, y esto se me probara de tal manera que lo negara con impudencia? ¿Sería reprehensible si pensara que al decir esto quería significar que le agradaba la inocencia, y que su espíritu estaba alejado de las pasiones que envuelven al género humano, y por eso lo amara más y más que antes; aunque tal vez él, siendo necio, hubiera amado en las edades de los niños una cierta libertad en el juego y la comida y un ocio perezoso? Supón que murió después de que esto me fue informado, y no pude preguntarle nada para que aclarara su opinión; ¿habría alguien tan desvergonzado que me culpara cuando alabo el propósito y la voluntad del hombre por esas mismas palabras que recibí? ¿Qué, si un justo evaluador de las cosas no dudaría tal vez en alabar mi opinión y voluntad, cuando me agrada la inocencia, y pienso bien de un hombre en una cuestión dudosa, cuando también podría pensar mal?

CAPÍTULO V.

11. Tres diferencias de cualquier escritura. La Iglesia católica no puede ser refutada por error de ningún modo de los mencionados en la lectura del Antiguo Testamento. Siendo así, escucha también las mismas condiciones y diferencias de esas escrituras. Porque necesariamente se presentan tantas. O alguien escribió útilmente, y no se entiende útilmente por alguien: o ambos son inútiles: o el lector entiende útilmente, aunque el que escribió lo contrario. No desapruero el primer tipo, no me importa el último. Porque no puedo reprochar a un hombre que no es mal entendido por su culpa; ni me molesta que alguien sea leído, aunque no haya visto la verdad, cuando no veo que perjudique a los lectores. Por tanto, un tipo es el más aprobado y casi el más puro, cuando se escriben cosas buenas y se entienden en buen sentido por los lectores. Sin embargo, esto también se divide en dos; porque no excluye completamente el error. Pues sucede a menudo que, aunque el escritor haya tenido un buen sentido, el lector también lo tenga; pero diferente al del escritor, y a menudo mejor, a menudo inferior, pero útilmente. Pero cuando sentimos lo mismo que el que leemos, y es lo más adecuado para una vida bien vivida, la verdad se tiene en abundancia, y no se abre lugar a la falsedad. Este tipo, cuando se trata de cosas muy oscuras, es muy raro; y en mi opinión, no puede saberse con certeza, sino solo creerse. ¿Con qué argumentos puedo reunir la voluntad de un hombre ausente o muerto, para poder jurar sobre ella; cuando incluso si estuviera presente y se le preguntara, habría muchas cosas que, si no fuera malo, ocultaría con el mayor

cuidado? Sin embargo, creo que no tiene valor para conocer la verdad, cómo fue el que escribió: sin embargo, se cree muy honestamente bueno, aquel cuya escritura ha sido útil para el género humano y la posteridad.

12. Por lo tanto, me gustaría que estos me dijeran en qué tipo colocan el error de la Iglesia católica, que creen que existe. Si en el primero, es un crimen grave: pero no requiere una defensa prolongada; pues basta con negar que entendemos como ellos, cuando se enfurecen, piensan. Si en el segundo, no es menos grave: pero serán refutados con la misma voz. Si en el tercero, no hay crimen. Vamos, y luego considera las mismas Escrituras. ¿Qué objeción hacen a los libros del Antiguo, llamado, Testamento? ¿Acaso que son buenos, pero mal entendidos por nosotros? Pero ellos mismos no los aceptan. ¿O porque no son buenos, ni se entienden bien? Pero esta defensa anterior lo refuta suficientemente. ¿O dirán: Aunque los entendáis bien, son malos? ¿Qué es sino absolver a los vivos, con quienes se trata, y acusar a los muertos de antaño, con quienes no hay contienda? Yo, de hecho, creo que esos hombres y todo lo que se consignó a la memoria fue útil, y que fueron grandes y divinos, y que esa ley fue promulgada y establecida por mandato y voluntad de Dios: y eso, aunque conozco muy pocos de ese tipo de libros, sin embargo, puedo persuadir fácilmente, si se me presta un ánimo justo y no obstinado; y lo haré, cuando se nos dé la oportunidad de tus oídos y mente benevolentes: pero lo haré cuando pueda; ahora, ¿no me basta, sea como sea que se trate este asunto, no haber sido engañado?

CAPÍTULO VI.

13. No se debe creer a los enemigos expositores de las Escrituras. Testifico, Honorato, mi conciencia, y a Dios que habita en los corazones puros, que no considero nada más prudente, casto, religioso, que todas esas Escrituras que la Iglesia católica retiene bajo el nombre del Antiguo Testamento. Te sorprende, lo sé. No puedo disimular que se nos persuadió de manera muy diferente. Pero no hay nada más lleno de temeridad (que teníamos entonces de niños) que abandonar a los expositores de cualquier libro, que profesan poder sostenerlos y enseñarlos a sus discípulos, y buscar su significado de aquellos que han declarado una guerra amarga, no sé por qué causa, a sus autores y fundadores. ¿Quién alguna vez pensó que los libros ocultos y oscuros de Aristóteles debían ser expuestos por su enemigo; para hablar de esas disciplinas en las que el lector tal vez puede errar sin sacrilegio? ¿Quién finalmente quiso leer las letras geométricas de Arquímedes, con Epicuro como maestro, o aprenderlas; contra las cuales él discutía con mucha tenacidad, sin entender nada de ellas, según creo? ¿Acaso estas Escrituras de la Ley son tan claras, que estos las atacan como si estuvieran expuestas al público, en vano e inútilmente? Me parecen similares a aquella mujer que ellos mismos suelen ridiculizar, que, enojada porque se le alababa el sol y una maniquea le recomendaba adorarle, como era religiosamente simple, se levantó agitada y, golpeando repetidamente con el pie el lugar que el sol había iluminado a través de la ventana, comenzó a gritar: "Mira, piso tu sol y tu dios": completamente necia y femenina; ¿quién lo niega? Pero, ¿no te parecen tales estos, que, sin entender lo que son, o por qué, o cómo son, aunque parezcan cosas bajas, son sutiles y divinas para los entendidos, atacándolas con gran ímpetu de oratoria y maldiciones, porque los ignorantes les aplauden, creen que logran algo? Sea lo que sea, créeme, en esas Escrituras hay algo profundo y divino: hay verdad, y una disciplina muy adecuada para restaurar y renovar las almas; y está tan modulada que nadie puede dejar de extraer de ella lo que le basta, si se acerca a extraer con devoción y piedad, como exige la verdadera religión. Para probarte esto, se necesita mucha argumentación y un discurso más largo. Primero hay que tratar contigo para que no odies a los autores, luego para que los ames: y esto debe hacerse de cualquier otra manera, más que exponiendo sus sentencias y letras. Porque si odiáramos a Virgilio, o más bien si no lo amáramos, antes de que fuera

entendido, por la recomendación de nuestros mayores, nunca nos satisfaceríamos con aquellas innumerables cuestiones tuyas, con las que los gramáticos suelen ser agitados y perturbados: ni escucharíamos con agrado a quien las resolviera con su alabanza; sino que favoreceríamos a quien intentara mostrar que erró y deliró a través de ellas. Ahora bien, como muchos intentan explicarlas de diversas maneras según su capacidad, se aplaude especialmente a aquellos cuya exposición hace que el poeta se encuentre mejor, quien no solo no pecó en nada, sino que se cree que no cantó nada que no fuera digno de alabanza, incluso por aquellos que no lo entienden. Así que, en una pequeña cuestión, cuando el maestro falla y no tiene qué responder, nos enojamos más con él que culpamos a Virgilio por el error. ¿Cuánto habría costado mostrar una benevolencia similar a aquellos por quienes se ha afirmado durante tanto tiempo que el Espíritu Santo habló? Pero, por supuesto, los jóvenes inteligentísimos, y maravillosos exploradores de razones, sin siquiera haber leído esas Escrituras, sin haber buscado maestros, sin haber acusado un poco nuestra lentitud, sin haber concedido al menos un poco de corazón a aquellos que quisieron que tales Escrituras fueran leídas, custodiadas y tratadas en todo el mundo durante tanto tiempo; no creímos que debíamos creer nada a aquellos cuya voz nos conmovió, enemigos e infestos a estas Escrituras, en quienes, con una falsa promesa de razón, se nos obligaría a creer y adorar miles de fábulas inauditas.

CAPÍTULO VII.

14. La verdadera religión debe buscarse. Debe buscarse entre aquellos que destacan por la celebridad de su fama y la ocupación de todos los pueblos. Se objeta en vano que la verdad está entre pocos, y no debe buscarse en la multitud de los católicos. Honorato consideró temerariamente que se enseñaban cosas absurdas en la religión católica. Nada impedía buscar la religión entre los católicos. Cuando se investiga la verdadera religión, se debe comenzar por la Iglesia católica. Pero ahora llevaré a cabo lo que he comenzado, si puedo, y trataré contigo de tal manera que no revele por ahora la fe católica, sino que muestre a aquellos cuyas almas se cuidan a sí mismas la esperanza de un fruto divino y de encontrar la verdad en sus grandes misterios. Nadie duda de que quien busca la verdadera religión, o ya cree que el alma es inmortal, a la que esa religión beneficia, o también quiere encontrar eso mismo en la misma religión. Por tanto, toda religión, si hay alguna, está constituida por causa del alma: porque la naturaleza del cuerpo, sea como sea, no incita ninguna preocupación o inquietud en ella, especialmente después de la muerte, si el alma ha alcanzado lo que la hace feliz. Por tanto, toda religión, si hay alguna, está constituida por causa del alma. Esta alma, sin embargo, por alguna razón que veré, y confieso que es muy oscura, se equivoca y es necia, como vemos, hasta que alcanza y percibe la sabiduría, y tal vez esa es la verdadera religión. ¿Te envío a fábulas? ¿Te obligo a creer algo temerariamente? Digo que nuestra alma está atrapada y sumergida en el error y la necedad, buscando, si hay alguna, el camino de la verdad. Si esto no está en ti, perdona, y comparte conmigo, te lo ruego, tu sabiduría: pero si reconoces en ti lo que digo, busquemos juntos, te lo suplico, la verdad.

15. Supón que aún no hemos escuchado a ningún expositor de alguna religión. He aquí que es un asunto nuevo y un negocio que hemos emprendido. Creo que debemos buscar, si hay alguna, a los profesores de este asunto. Supón que hemos encontrado a otros con diferentes opiniones, y cada uno deseando atraer a sí mismo con la diversidad de opiniones; pero entre ellos destacan por la celebridad de su fama aquellos que ocupan casi a todos los pueblos. Si estos tienen la verdad, es una gran cuestión: pero, ¿no deben ser investigados primero, para que mientras erramos, si somos humanos, parezca que erramos con el mismo género humano?

16. Pero la verdad está entre unos pocos. Entonces ya sabes cuál es, si sabes entre quiénes está. ¿No dije hace un momento que buscáramos como si fuéramos inexpertos? Pero si por la fuerza misma de la verdad deduces que pocos la poseen, y no sabes quiénes son, ¿cómo puede esa minoría, si son tan pocos los que conocen la verdad, liberarse y casi purificarse en esos secretos? ¿No vemos cuán pocos alcanzan la máxima elocuencia, cuando por todo el mundo las escuelas de retórica resuenan con multitudes de jóvenes? ¿Acaso, aterrados por la multitud de los inexpertos, quienes desean convertirse en buenos oradores piensan que deben dedicarse más a las oraciones de Cecilio o Erucio que a las de Tulio? Todos desean lo que está respaldado por la autoridad de los mayores. Las mismas turbas de inexpertos intentan aprender lo que ha sido aceptado para ser aprendido de unos pocos doctos: sin embargo, muy pocos lo logran, menos lo practican, y poquísimos se destacan. ¿Qué si la verdadera religión es algo similar? ¿Qué si la multitud de inexpertos frecuenta las iglesias, pero no es argumento de que nadie haya sido perfeccionado por esos misterios? Y sin embargo, si tan pocos estudiaran la elocuencia como pocos son los elocuentes, nuestros padres nunca habrían pensado en confiarnos a tales maestros. Por tanto, si la multitud, que en su mayoría es inexperta, nos invitó a estos estudios para que amáramos lo que pocos pueden alcanzar, ¿por qué no queremos tener una razón similar en la religión, que quizás despreciamos con gran riesgo para el alma? Pues si el culto más verdadero y sincero a Dios, aunque esté entre pocos, está entre aquellos a quienes la multitud, aunque envuelta en deseos y alejada de la pureza de la inteligencia, consiente; ¿quién duda que esto pueda suceder? Pregunto, si alguien nos acusa de temeridad e insensatez por no investigar diligentemente con sus maestros aquello cuya búsqueda nos importa mucho, ¿qué podríamos responder? ¿Me asustó la multitud? ¿Por qué no me asustó la multitud en el estudio de las artes liberales, que apenas aportan algo útil a esta vida presente; por qué no en la búsqueda de dinero; por qué no en la obtención de honor; por qué finalmente no en la adquisición y mantenimiento de buena salud, y por último, por qué no en el deseo mismo de una vida feliz; cuando todos están ocupados en estas cosas, pocos sobresalen, ninguna multitud me asustó?

17. Pero allí parecían decirse cosas absurdas. ¿Quiénes lo afirmaban? Sin duda, enemigos, por cualquier causa, por cualquier razón, pues no se trata de eso ahora, sin embargo, enemigos. Cuando leía, lo reconocía por mí mismo. ¿Es así? Sin estar instruido en la disciplina poética, no te atreverías a tocar a Terentiano Mauro sin un maestro; se requieren Asper, Cornuto, Donato y otros innumerables para que cualquier poeta pueda ser entendido, cuyas canciones parecen captar los aplausos del teatro: tú, en esos Libros, que como sea que se presenten, sin embargo, son santos y llenos de cosas divinas, por la confesión de casi todo el género humano, te lanzas sin guía, y te atreves a emitir un juicio sobre ellos sin un maestro; y si te encuentras con algo que parece absurdo, acusas más bien tu lentitud y tu mente corrompida por la podredumbre de este mundo, como es el caso de todos los necios, que a aquellos que quizás no pueden ser entendidos por tales personas. Deberías buscar a alguien piadoso y docto, o que muchos consientan en llamarlo así, cuyas enseñanzas te harían mejor y más experto en doctrina. ¿No se encontraba fácilmente? Se investigaría con esfuerzo. ¿Faltaba en la tierra que habitabas? ¿Qué causa más útil te obligaría a viajar? ¿Estaba completamente oculto en el continente, o no existía? Se navegaría. Si no se encontraba cerca, al otro lado del mar, avanzarías hasta aquellas tierras donde se dice que ocurrieron las cosas contenidas en esos Libros. ¿Hicimos algo así, Honorato? Y sin embargo, tal vez condenamos por nuestro propio juicio y criterio la religión más santa (pues aún hablo como si debiera dudarse), cuya opinión ya ha ocupado todo el orbe de la tierra, siendo nosotros unos miserables niños. ¿Qué si aquellas cosas que parecen ofender a algunos inexpertos en las mismas Escrituras están puestas de tal manera que, cuando se leen cosas que repugnan al sentido de cualquier tipo de personas, mucho menos de los prudentes y santos, busquemos

con más diligencia su significado oculto? ¿No ves cómo intentan interpretar al Catamito de las Bucólicas, a quien un pastor rudo dejó, y al joven Alexis, sobre quien se dice que incluso Platón compuso un poema amoroso, afirmando que significa algo grande, pero que escapa al juicio de los inexpertos; cuando sin ningún sacrilegio el poeta más fecundo podría parecer haber compuesto canciones lascivas?

18. Pero, ¿realmente nos detenía y prohibía buscar alguna sanción de la ley, o el poder de los adversarios, o la vil persona de los consagrados, o una mala reputación, o la novedad de la institución, o una profesión oculta? Nada de esto es. Todos los derechos divinos y humanos permiten buscar la fe católica; y ciertamente, por el derecho humano, es lícito mantenerla y cultivarla, si mientras erramos sobre el divino es incierto: ningún enemigo aterroriza nuestra debilidad (aunque si la verdad y la salvación del alma, buscadas diligentemente, no se encuentran donde más seguro es, deben buscarse con cualquier riesgo); todos los grados de dignidades y potestades sirven devotamente a este culto divino; el nombre de religión es muy honorable y muy ilustre. ¿Qué impide, entonces, investigar y examinar con una búsqueda piadosa y diligente si aquí está aquello que es necesario conocer y guardar con la mayor sinceridad, aunque la voluntad y el favor de todas las naciones conspiran en ello?

19. Siendo así las cosas, hagamos, como dije, que ahora busquemos por primera vez a qué religión entregaremos nuestras almas para ser purificadas y restauradas: sin duda, debemos comenzar por la Iglesia católica. Pues ya hay más cristianos que si se unieran los judíos con los adoradores de ídolos. Y de esos mismos cristianos, aunque hay muchas herejías, y todas quieren parecer católicas, y llaman herejes a los demás, hay una Iglesia, como todos conceden; si consideras todo el mundo, está más llena de multitud; y como afirman quienes la conocen, también es más sincera en verdad que todas las demás. Pero la verdad es otra cuestión: lo que es suficiente para los que buscan es que hay una sola Iglesia Católica, a la que las otras herejías imponen diferentes nombres, mientras que ellas mismas se llaman con sus propios nombres, que no se atreven a negar. De lo cual se puede entender, para los jueces imparciales a quienes no impide ningún favor, a quién debe atribuirse el nombre católico, al que todos aspiran. Pero para que nadie piense que esto debe discutirse con demasiada verbosidad o superfluidad, ciertamente hay una sola, en la que de alguna manera incluso las leyes humanas son cristianas. No quiero que de aquí se haga ningún prejuicio, pero juzgo que es el comienzo más oportuno para buscar. Pues no hay que temer que el verdadero culto a Dios, sin apoyarse en ninguna fuerza propia, parezca necesitar ser sostenido por aquellos a quienes debería sostener: pero ciertamente es de perfecta felicidad, si se puede encontrar la verdad allí donde su búsqueda y retención es más segura: si no se puede, entonces finalmente debe buscarse y examinarse en otro lugar, con cualquier peligro.

CAPÍTULO VIII.

20. El camino por el cual Agustín llegó a la religión católica. Establecido esto, que, según creo, es tan justo que debería prevalecer en este caso ante cualquier adversario, te expondré, como pueda, qué tipo de camino utilicé cuando buscaba la verdadera religión con el ánimo que ahora he expuesto que debe buscarse. Pues cuando me alejé de vosotros al otro lado del mar, ya dudando y vacilando sobre qué debía mantener y qué debía dejar: esa duda crecía en mí cada día más desde que escuché a aquel hombre, cuya llegada, como sabes, se prometía como si fuera del cielo para explicar todo lo que nos inquietaba; y lo encontré, excepto por cierta elocuencia, tal como conocí a los demás: tuve una gran deliberación conmigo mismo ya establecido en Italia, no sobre si debía permanecer en esa secta, en la que me arrepentía de haber caído, sino sobre cómo debía encontrarse la verdad, en cuyo amor mis suspiros son mejor conocidos por ti que por nadie. A menudo me parecía que no podía encontrarse, y las

grandes olas de mis pensamientos se inclinaban hacia el sufragio de los Académicos. A menudo, mirando de nuevo, tanto como podía, la mente humana tan vivaz, tan sagaz, tan perspicaz, no creía que la verdad pudiera estar oculta, sino que el modo de buscarla estaba oculto, y que ese mismo modo debía tomarse de alguna autoridad divina. Quedaba buscar cuál era esa autoridad, cuando en tantas disensiones cada uno prometía transmitirla. Por tanto, se presentaba un bosque inexplicable, al que me costaba mucho insertarme: y entre esto, sin ningún descanso, mi mente era agitada por el deseo de encontrar la verdad. Sin embargo, me apartaba más y más de aquellos a quienes ya había propuesto abandonar. No quedaba nada más en tantos peligros que suplicar a la providencia divina con voces llorosas y miserables para que me ayudara. Y lo hacía con diligencia: y ya casi me habían conmovido algunas disputas del obispo de Milán, de modo que no sin alguna esperanza deseaba preguntar mucho sobre el mismo Antiguo Testamento, que, como sabes, mal recomendado, aborrecíamos. Y había decidido ser catecúmeno en la Iglesia a la que fui entregado por mis padres, hasta que encontrara lo que deseaba, o me convenciera de que no debía buscarse. Por tanto, podría encontrarme entonces muy oportuno y muy dócil, si hubiera alguien que pudiera enseñar. Así que si ves que también tú has estado afectado durante mucho tiempo por el cuidado de tu alma, y si ya te parece que has sido bastante zarandeado, y deseas poner fin a tales trabajos; sigue el camino de la disciplina católica, que ha llegado hasta nosotros desde el mismo Cristo a través de los Apóstoles, y de aquí se transmitirá a los futuros.

CAPÍTULO IX.

21. La Iglesia Católica ordena la fe a los que vienen; los herejes prometen razón. No hay vicio en la fe, y hay una gran diferencia entre el creyente y el crédulo (nombre que se da como reproche). Ridículo, dices, es esto, cuando todos profesan tener y enseñar esto. Todos los herejes profesan esto, no puedo negarlo; pero de tal manera que prometen a aquellos a quienes atraen que les darán razón de las cosas más oscuras: y por eso acusan principalmente a la Católica, porque a los que vienen a ella se les ordena creer; mientras que ellos se glorían de no imponer el yugo de la fe, sino de abrir la fuente de la enseñanza. ¿Qué, dices, podría decirse que más contribuyera a su alabanza? No es así. Pues lo hacen sin ninguna fuerza, sino para atraer a alguna multitud con el nombre de razón: la cual, prometida, naturalmente alegra al alma humana, sin considerar sus fuerzas y salud, deseando alimentos de los sanos, que se confían mal si no son fuertes, se precipita en los venenos de los engañadores. Pues la verdadera religión, a menos que se crean aquellas cosas que uno después, si se comporta bien y es digno, alcanzará y percibirá, y de ninguna manera sin un cierto grave imperio de autoridad puede ser emprendida correctamente.

22. Pero quizás buscas recibir alguna razón de esto mismo, por la cual se te persuade de que no debes ser enseñado primero por razón que por fe. Lo cual puede hacerse fácilmente, si te muestras equitativo. Pero para hacerlo convenientemente, quiero que respondas como si te preguntara: y primero dime por qué te parece que no debe creerse. Porque la misma credulidad, de la cual se llama crédulos, me parece un vicio: de lo contrario, no usaríamos este nombre como reproche. Pues si el suspicaz está en vicio, porque sospecha de cosas no comprobadas; cuánto más el crédulo, que se diferencia de aquel en que el primero duda de lo desconocido, este no duda de nada. Por ahora acepto esta opinión y distinción. Pero también sabes que no solemos llamar curioso sin reproche; pero al estudioso incluso con alabanza. Por lo cual, atiende, si te place, también entre estos dos qué te parece que difiere. Ciertamente respondes que aunque ambos son llevados por un gran deseo de conocer, el curioso sin embargo busca cosas que no le conciernen; el estudioso, en cambio, busca lo que le concierne. Pero como no negamos que al hombre le concierne la esposa y los hijos y su bienestar; si alguien, estando en el extranjero, pregunta diligentemente a todos los que llegan

cómo están y se comportan su esposa e hijos, ciertamente es llevado por un gran deseo de conocer: y sin embargo no llamamos a este estudioso, que desea saber mucho, y lo que más le concierne. Por lo cual ya entiendes que esa definición de estudioso vacila porque todo estudioso desea conocer lo que le concierne, pero no todo el que lo hace debe ser llamado estudioso; sino aquel que busca con gran empeño lo que concierne a nutrir y adornar liberalmente el alma: sin embargo, llamamos estudiante, especialmente añadiendo qué estudia escuchar. Pues también podemos llamar estudioso de los suyos a quien solo ama a los suyos: sin embargo, sin ninguna adición, no lo consideramos digno del nombre común de los estudiosos. Pero al que desea escuchar cómo están los suyos, no lo llamaría estudioso de escuchar, a menos que, alegrándose con buena fama, deseara escuchar eso mismo a menudo: pero estudiante, incluso si es una sola vez. Ahora vuelve tu mente al curioso, y dime si alguien escuchara con gusto una fábula, que no le serviría de nada, es decir, de cosas que no le conciernen; y no lo hiciera odiosamente y con frecuencia, sino muy raramente y modestamente, ya sea en un banquete, o en algún círculo, o en cualquier reunión; ¿te parecería curioso? No lo creo: pero ciertamente teniendo cuidado de aquello que le gusta escuchar, ciertamente lo parecería. Por lo cual también la definición de curioso debe corregirse con la misma regla que la de estudioso. Mira, pues, si también deben corregirse las anteriores. Pues, ¿por qué no es indigno del nombre de suspicaz quien alguna vez sospecha algo; y del crédulo, quien alguna vez cree algo? Por tanto, así como entre el estudiante de algo y el completamente estudioso, y de nuevo entre el que tiene cuidado y el curioso; así hay una gran diferencia entre el creyente y el crédulo.

CAPÍTULO X.

23. No es vergonzoso creer en religión. Muy pocos son aptos para percibir la razón: el camino más seguro y que todos deben seguir hacia la religión es la fe. Pero ahora mira, dices, si debemos creer en religión. Pues aunque concedamos que creer es una cosa y ser crédulo es otra, no se sigue que no haya culpa en creer en religiones. Pues, ¿qué si tanto creer como ser crédulo es vicioso, como lo es estar ebrio y ser un borracho? Quien cree que esto es cierto, me parece que no puede tener ningún amigo. Pues si es vergonzoso creer algo, o hace mal quien cree a un amigo, o no creyendo nada a un amigo, no veo cómo puede llamarse amigo a sí mismo o al otro. Aquí quizás digas: Concedo que algo debe creerse alguna vez; ahora explica cómo no es vergonzoso creer en religión antes de saber. Lo haré, si puedo. Por lo cual te pregunto qué piensas que está en mayor culpa, entregar la religión a un indigno, o creer lo que dicen aquellos que la entregan. Si no entiendes a quién llamo indigno: llamo indigno a quien se acerca con un corazón falso. Concedes, como creo, que es más culpable revelar secretos sagrados a tal persona que creer a hombres religiosos que afirman algo sobre la misma religión. Pues no deberías responder de otra manera. Por lo cual ahora imagina que está presente quien te va a entregar la religión: ¿cómo le harás creer que te acercas con verdadero ánimo, y que no hay en ti, en lo que respecta a este asunto, engaño y simulación? Dirás, con tu buena conciencia, que no finges, afirmándolo con las palabras más fuertes que puedas, pero sin embargo con palabras. Pues no puedes abrir las profundidades de tu mente a otro hombre de tal manera que seas conocido íntimamente. Pero si él dice: Mira, te creo; pero, ¿no es más justo que también tú me creas a mí, cuando tú recibirás un beneficio, si tengo algo de verdad, y yo lo daré? ¿Qué responderás, sino que debe creerse?

24. Pero, dices, ¿no hubiera sido mejor que me dieras una razón, para que, adondequiera que me llevara, la siguiera sin ninguna temeridad? Tal vez lo hubiera sido: pero siendo tan grande la cuestión de que Dios debe ser conocido por la razón, ¿crees que todos son aptos para comprender las razones por las cuales la mente humana es conducida a la inteligencia divina,

o más bien muchos, o pocos? Pocos, dices, creo. ¿Crees estar en el número de estos? No me corresponde a mí responder esto, dices. Entonces, ¿crees que es de él también creer esto de ti: lo cual ciertamente hace. Solo recuerda que ya te ha creído dos veces cuando hablabas de cosas inciertas; y tú, al advertirle religiosamente, ni siquiera una vez quieres creerle. Pero supongamos que es así, y que te acercas a recibir la religión con verdadero ánimo, y que eres de esos pocos hombres que pueden captar las razones por las cuales se llega a un conocimiento cierto de la visión divina: ¿qué piensas de los demás hombres, que no están dotados de un ingenio tan sereno, crees que se les debe negar la religión? ¿O piensas que deben ser conducidos poco a poco por ciertos grados a esos altos misterios? Ves claramente qué es más religioso. Porque no te puede parecer que cualquier hombre, en el deseo de una cosa tan grande, deba ser de alguna manera abandonado o rechazado. Pero, ¿no crees que, a menos que primero crea que llegará a lo que se ha propuesto, y presente su mente suplicante, y obedeciendo ciertos grandes y necesarios preceptos purifique su vida con cierta acción, no alcanzará de otra manera aquellas cosas que son puramente verdaderas? Ciertamente lo crees. Entonces, ¿qué hay de aquellos, de cuyo tipo ya creo que eres, que pueden captar fácilmente los secretos divinos con una razón cierta, si vienen por este camino, por el cual aquellos que primero creen, acaso les perjudicará? No lo creo. Pero, sin embargo, dices, ¿qué necesidad hay de demorarlos? Porque aunque no se dañen a sí mismos con el hecho, sin embargo, dañarán con el ejemplo a los demás. Pues apenas hay quien sienta de sí mismo tanto como puede: pero quien menos, debe ser estimulado; quien más, debe ser contenido; para que ni aquel se rompa por la desesperación, ni este se precipite por la audacia. Lo cual se logra fácilmente, si incluso aquellos que pueden volar, para que no sean una invitación peligrosa para alguien, se ven obligados a caminar un poco por donde también es seguro para los demás. Esta es la providencia de la verdadera religión; esto ha sido ordenado divinamente, esto ha sido transmitido por los bienaventurados mayores, esto ha sido conservado hasta nosotros; querer perturbar y pervertir esto, no es otra cosa que buscar un camino sacrílego hacia la verdadera religión. Quienes hacen esto, ni siquiera si se les concede lo que desean, pueden llegar a donde pretenden. Pues por muy excelente que sea su ingenio, a menos que Dios esté presente, reptan por el suelo. Pero entonces está presente, si hay cuidado de la sociedad humana en aquellos que tienden hacia Dios. No se puede encontrar un paso más firme hacia el cielo. Yo, por mi parte, no puedo resistir esta razón; pues, ¿cómo puedo decir que no se debe creer nada sin conocimiento? cuando incluso la amistad, a menos que se crea algo que no puede ser demostrado con razón cierta, no existe en absoluto, y a menudo se confía en los sirvientes administradores sin ninguna culpa de los amos. En la religión, ¿qué puede ser más injusto que los sacerdotes de Dios nos crean cuando prometemos sinceridad, y nosotros no queramos creerles cuando nos instruyen? Finalmente, ¿qué camino puede ser más saludable que hacerse primero idóneo para percibir la verdad, aplicando la fe a aquellas cosas que han sido divinamente establecidas para cultivar y purificar el alma? o si ya eres completamente idóneo, ¿no es mejor rodear un poco por donde es más seguro entrar, que ser para ti mismo autor de peligro, y para los demás ejemplo de temeridad?

CAPÍTULO XI.

25. Cómo los creyentes están alejados de la temeridad de los opinantes. Entender, creer, opinar. Por tanto, ahora queda considerar de qué manera no deben ser seguidos aquellos que prometen guiarnos por la razón. Pues ya se ha dicho cómo podemos seguir sin culpa a aquellos que nos mandan creer: pero algunos piensan que se puede ir a estos promotores de la razón no solo sin reproche, sino incluso con alguna alabanza: pero no es así. Hay dos tipos de personas en la religión que son dignas de alabanza: una de aquellos que ya han encontrado, a quienes también es necesario juzgar como bienaventurados; otra de aquellos que buscan con

el mayor celo y rectitud. Los primeros, por tanto, ya están en la misma posesión, los otros en el camino, por el cual, sin embargo, se llega con la mayor certeza. Hay otros tres tipos de personas, ciertamente reprobables y detestables. Uno es el de los opinantes, es decir, aquellos que creen saber lo que no saben. Otro es el de aquellos que sienten que no saben, pero no buscan de tal manera que puedan encontrar. El tercero es el de aquellos que ni creen saber, ni quieren buscar. Hay también tres cosas, como vecinas entre sí, dignas de distinción en las mentes humanas; entender, creer, opinar. Que si se consideran por sí mismas, lo primero siempre está sin vicio; lo segundo, a veces con vicio; lo tercero, nunca sin vicio. Pues entender cosas grandes y honestas o incluso divinas, es lo más bienaventurado. Entender, sin embargo, cosas superfluas, no hace daño; pero tal vez aprenderlas hizo daño, cuando ocupaban el tiempo de las necesarias. Incluso las cosas nocivas, no entenderlas, sino hacerlas o padecerlas, es miserable. Pues no porque alguien entienda cómo puede matar a un enemigo sin peligro para sí mismo, es culpable por la inteligencia misma, y no por el deseo: que si está ausente, ¿qué puede decirse más inocente? Creer, sin embargo, es censurable cuando se cree algo indigno de Dios, o se cree fácilmente de un hombre. En las demás cosas, si alguien cree algo, si entiende que no lo sabe, no hay culpa. Pues creo que los más criminales conspiradores fueron asesinados por la virtud de Cicerón en otro tiempo: y sin embargo, no solo no lo sé, sino que también sé con certeza que no puedo saberlo de ninguna manera. Opinar, sin embargo, es lo más vergonzoso por dos razones: porque no puede aprender quien ya se ha persuadido de que sabe, si es que aquello puede ser aprendido; y por sí misma la temeridad es señal de un ánimo mal dispuesto. Pues incluso si alguien cree saber lo que dije de Cicerón, aunque nada le impida aprender, porque la cosa misma no puede ser sostenida por ningún conocimiento: sin embargo, el hecho de que no entienda que hay mucha diferencia entre que algo sea sostenido por la razón cierta de la mente, lo que llamamos entender, o que se recomiende útilmente a la posteridad por la fama o las letras; ciertamente se equivoca, y ningún error carece de vergüenza. Lo que entendemos, por tanto, lo debemos a la razón: lo que creemos, a la autoridad: lo que opinamos, al error. Pero todo el que entiende también cree, todo el que cree también opina: no todo el que cree entiende; ninguno que opina entiende. Si, por tanto, estas tres cosas se refieren a aquellos cinco tipos de personas que mencionamos antes; es decir, dos que deben ser aprobados, que pusimos primero, y tres restantes viciosos: encontramos que el primer tipo de bienaventurados cree en la verdad misma; el segundo, de los estudiosos y amantes de la verdad, en la autoridad. En estos dos tipos se cree laudablemente. En el primer tipo de viciosos, es decir, aquellos que opinan saber lo que no saben, hay ciertamente una credulidad viciosa. Los otros dos tipos reprobables no creen nada, tanto aquellos que buscan la verdad con desesperación de encontrarla, como aquellos que no buscan en absoluto. Y esto solo en cosas que pertenecen a alguna disciplina. Pues en otro acto de la vida, no sé de qué manera puede un hombre no creer nada. Aunque incluso en aquellos que dicen seguir lo probable en la acción, quieren parecer que no pueden saber nada, más que no creer nada. Pues ¿quién no cree lo que aprueba? o ¿cómo es aquello que siguen, si no se aprueba, probable? Por tanto, pueden haber dos tipos de adversarios de la verdad: uno de aquellos que solo atacan el conocimiento, no la fe: otro de aquellos que condenan ambos; que, sin embargo, no sé si pueden encontrarse en las cosas humanas. Estas cosas se han dicho para que entendamos que, reteniendo la fe, incluso de aquellas cosas que aún no hemos comprendido, nos defendemos de la temeridad de los opinantes. Pues quienes dicen que no se debe creer nada sino lo que sabemos, evitan solo el nombre de opinión, que debe admitirse que es vergonzoso y miserable: pero si consideran diligentemente que hay mucha diferencia entre que alguien crea saber, o que, entendiendo que no sabe, crea movido por alguna autoridad; ciertamente evitará la acusación de error, inhumanidad y soberbia.

CAPÍTULO XII.

26. Cuán necesario es creer en muchas cosas para la sociedad humana. Lo más seguro es obedecer a los sabios. Pues pregunto, si lo que no se sabe no debe creerse, ¿cómo pueden los hijos servir a los padres, y amarlos con mutua piedad, si no creen que son sus padres? Pues no se puede saber de ninguna manera con razón: sino que, interpuesta la autoridad de la madre, se cree del padre; de la misma madre, a menudo ni siquiera a la madre, sino a las comadronas, nodrizas, sirvientes. Pues ¿no puede ser engañada quien puede ser robada de su hijo, y otro serle sustituido? Sin embargo, creemos, y creemos sin ninguna duda, lo que confesamos no poder saber. Pues ¿quién no ve que la piedad, a menos que sea así, el vínculo más sagrado del género humano, se viola con el crimen más soberbio? Pues ¿quién, ni siquiera un loco, pensaría que debe ser culpado quien ha prestado los deberes debidos a aquellos que creyó que eran sus padres, aunque no lo fueran? ¿Quién, por el contrario, no juzgaría que debe ser exterminado quien no ha amado a sus verdaderos padres, tal vez, por temer amar a falsos? Se pueden aportar muchas cosas para mostrar que nada de la sociedad humana permanece intacto, si decidimos no creer nada que no podamos tener como percibido.

27. Pero ahora escucha, lo que ya confío en que te persuadiré más fácilmente. Cuando se trata de religión, es decir, cuando se trata de adorar y entender a Dios, menos deben ser seguidos aquellos que nos prohíben creer, prometiendo la razón con la mayor prontitud. Pues nadie duda de que todos los hombres son o estúpidos o sabios. Ahora bien, llamo sabios, no a los hombres sensatos e ingeniosos; sino a aquellos en quienes reside, cuanto puede residir en el hombre, el conocimiento firmemente percibido del hombre mismo y de Dios, y una vida y costumbres acordes con este conocimiento: a los demás, de cualquier modo que estén afectados por las artes o la inercia, con cualquier modo de vida aprobable o reprobable, los contaré entre los estúpidos. Siendo así, ¿quién, medianamente inteligente, no ve claramente que es más útil y saludable para los estúpidos obedecer los preceptos de los sabios, que vivir según su propio juicio? Pues toda acción, si no es rectamente hecha, es pecado: y de ninguna manera puede ser rectamente hecha si no procede de la razón recta. Ahora bien, la razón recta es la misma virtud. ¿A quién, pues, de los hombres, está la virtud presente en el ánimo, sino al sabio? Solo el sabio, por tanto, no peca. Todo estúpido, por tanto, peca, a menos que en aquellas acciones en las que obedece al sabio: pues tales acciones proceden de la razón recta, y, por así decirlo, el estúpido no debe ser considerado dueño de su acción, cuando es como un instrumento y ministerio del sabio. Por tanto, si para todos los hombres es mejor no pecar que pecar; ciertamente todos los estúpidos vivirían mejor si pudieran ser siervos de los sabios. Y si esto es indudable en asuntos menores como en el comercio o el cultivo de la tierra, en tomar esposa, en tener y educar hijos, en la misma administración de la casa, mucho más en la religión. Pues las cosas humanas son más fáciles de discernir que las divinas; y en cualquier cosa más sagrada y excelente, cuanto mayor es la obediencia y culto que les debemos, tanto más criminal y peligroso es pecar. Nada, por tanto, nos queda ahora, ves, mientras seamos estúpidos, si nos importa la vida óptima y religiosa, sino buscar sabios, obedeciendo a quienes podemos no sentir tanto la dominación de la estupidez mientras esté en nosotros, y poder escapar de ella alguna vez.

CAPÍTULO XIII.

28. Quien carece de sabiduría, no busca al sabio, a menos que crea que existe. Así tampoco se busca la religión, a menos que se crea que existe. Aquí surge de nuevo una cuestión muy difícil. Pues ¿de qué manera podremos los estúpidos encontrar al sabio, cuando este nombre, aunque casi nadie se atreva a reclamarlo abiertamente, muchos, sin embargo, lo reclaman indirectamente para sí; cuando sobre las mismas cosas, cuyo conocimiento constituye la

sabiduría, están tan en desacuerdo entre sí, que es necesario que ninguno de ellos, o uno cierto, sea el sabio? Pero ¿quién será este, cuando se le pregunte al estúpido, cómo podrá ser claramente discernido y percibido, no lo veo en absoluto. Pues no se puede conocer algo por cualquier signo, a menos que se conozca aquello mismo de lo que son signos. Pero el estúpido ignora la sabiduría. Pues no se le ha concedido ver, como el oro y la plata, y otras cosas de este tipo, y no tener. Así como no se le ha concedido ver con los ojos, y no tener, ni tener y ser estúpido. Por tanto, no conoce esto, y mientras no lo conoce, no puede conocerlo en otro lugar. No puede, mientras sea estúpido, encontrar con certeza al sabio, obedeciendo a quien se libere de tan gran mal de la estupidez.

29. A esta dificultad tan inmensa, puesto que buscamos sobre la religión, solo Dios puede remediar: a quien, a menos que creamos que existe y que ayuda a las mentes humanas, no debemos ni siquiera buscar la verdadera religión. Pues ¿qué es lo que deseamos investigar con tanto esfuerzo? ¿Qué deseamos alcanzar? ¿A dónde deseamos llegar? ¿A aquello que no creemos que existe o que nos concierne? No hay nada más perverso que una mente así. Entonces, cuando no te atreverías a pedirme un beneficio, o ciertamente lo harías impudicamente, vienes a pedir el descubrimiento de la religión, cuando piensas que Dios no existe, o si existe, no se preocupa por nosotros. ¿Qué, si es una cosa tan grande que no puede ser encontrada a menos que se busque con diligencia y con todas las fuerzas? ¿Qué, si la misma búsqueda más difícil ejercita la mente del buscador para captar lo que se encontrará? Pues ¿qué hay más agradable y familiar a nuestros ojos que esta luz? Sin embargo, no pueden soportarla ni tolerarla después de largas tinieblas. ¿Qué hay más adecuado para un cuerpo agotado por la enfermedad que el alimento y la bebida? Sin embargo, vemos que los convalecientes son refrenados y contenidos, para que no se atrevan a exponerse a la saciedad de los sanos, y que los mismos alimentos actúen para que regresen a aquella enfermedad que los rechazaba. Hablo de los convalecientes: ¿qué, no urgimos a los mismos enfermos a que tomen algo? En lo cual ciertamente no nos obedecerían con tanta molestia, si no creyeran que escaparían de aquella enfermedad. ¿Cuándo, pues, te entregarás a la búsqueda más laboriosa y trabajosa? ¿Cuándo te atreverás a imponerte tanto cuidado y esfuerzo como la misma cosa merece, cuando no crees que lo que buscas existe? Por tanto, correctamente se ha instituido por la majestad de la disciplina católica, que a los que se acercan a la religión se les persuade la fe antes que nada.

CAPÍTULO XIV.

30. Si no se debe creer nada, tampoco se creará que existe la religión. Todos los herejes enseñan que se debe creer en Cristo. Cristo mismo exigió principalmente la fe. Por tanto, ¿qué razón me dará ese hereje (puesto que estamos hablando de aquellos que quieren ser llamados cristianos)? ¿Qué es lo que me aparta de creer, como si fuera de la temeridad? Si me manda no creer nada; no creo que esta misma verdadera religión exista en las cosas humanas: cuando no creo que exista, no la busco. Pero él, supongo, se la mostrará al que busca: pues así está escrito, El que busca, encuentra (Mateo 7, 8). Por tanto, no vendría a él, que me prohíbe creer, si no creyera algo. ¿Hay alguna mayor demencia que desagradarle solo con la fe, que no está apoyada por ningún conocimiento, que es la que me ha llevado a él mismo?

31. ¿Qué decir de que todos los herejes nos exhortan a creer en Cristo? ¿Pueden acaso contradecirse más a sí mismos? En esto deben ser doblemente urgidos. Primero, hay que preguntarles dónde está la razón que prometían, dónde la objeción a la temeridad, dónde la presunción de conocimiento. Pues si es vergonzoso creer en algo sin razón, ¿qué esperas, qué te esfuerzas para que crea en algo sin razón, para que más fácilmente pueda ser guiado por tu

razón? ¿Acaso tu razón construirá algo firme sobre el fundamento de la temeridad? Hablo según aquellos a quienes desagrada que creamos. Pues yo creeré antes de la razón, cuando no seas apto para percibir la razón, y juzgo no solo muy saludable, sino absolutamente necesario, cultivar el alma con la fe para recibir las semillas de la verdad, sin la cual la salud no puede regresar a las almas enfermas. Lo que a ellos les parece digno de burla y lleno de temeridad, ciertamente actúan con desvergüenza al instarnos a creer en Cristo. Luego, confieso que ya he creído en Cristo, y he decidido en mi mente que es verdad lo que Él ha dicho, incluso si no se sostiene con ninguna razón: ¿con este principio, hereje, me vas a enseñar? Permíteme considerar un poco conmigo mismo (ya que a Cristo mismo, como quiso aparecer a los hombres, quien se dice que fue visto incluso por estos ojos comunes, yo no lo he visto) en quién he creído sobre Él, para que ya me acerque a ti con tal fe preestablecida. No veo que haya creído en nadie más que en la opinión confirmada de los pueblos y naciones y en la fama muy célebre: pero estos pueblos han sido ocupados por los misterios de la Iglesia católica en todas partes. ¿Por qué no, entonces, debería investigar con la mayor diligencia entre ellos qué ha ordenado Cristo, por cuya autoridad, ya he creído que Cristo ha ordenado algo útil? ¿Tú me vas a exponer mejor lo que Él ha dicho, a quien no creería que existió o existe, si me fuera recomendado por ti que esto debe ser creído? Por lo tanto, he creído, como dije, en la fama, en la celebridad, en el consenso, en la antigüedad fortalecida. Pero vosotros, siendo tan pocos, tan turbulentos y tan nuevos, no hay duda de que no presentáis nada digno de autoridad. ¿Qué locura tan grande es esta, entonces? Cree en ellos, que se debe creer en Cristo; y aprende de nosotros lo que Él ha dicho. ¿Por qué, te lo ruego? Pues si ellos fallaran, y tú no pudieras enseñarme nada, mucho más fácilmente me persuadiría de que no se debe creer en Cristo, que aprender algo sobre Él, excepto de aquellos por quienes he creído en Él. ¡Oh, gran confianza, o más bien, ineptitud! Yo te enseño lo que Cristo ha ordenado, en quien crees. ¿Qué, si no creyera en Él? ¿Podrías enseñarme algo sobre Él? Pero es necesario, dice, que creas. ¿Por vosotros que lo recomendáis? No, dice: pues nosotros guiamos con razón a aquellos que creen en Él. ¿Por qué, entonces, debería creer en ellos? Porque la fama está establecida. ¿Por vosotros, o por otros? Por otros, dice. ¿Debería creer en ellos, para que tú me enseñes? Tal vez debería, a menos que ellos principalmente me advirtieran que no me acercara a ti en absoluto: pues dicen que tenéis doctrinas perniciosas. Responderás: Mienten. ¿Cómo, entonces, debería creerles sobre Cristo, a quien no han visto; y no creerte a ti, a quien no quieren ver? Cree en los escritos, dice. Pero toda escritura, si se presenta nueva e inaudita, o es recomendada por unos pocos, sin ninguna razón que la confirme, no se cree en ella, sino en aquellos que la presentan. Por lo tanto, si vosotros presentáis estas escrituras, siendo tan pocos y desconocidos, no me apetece creer. Al mismo tiempo, también actuáis en contra de vuestra promesa, imponiendo la fe más que dando razón. Nuevamente me remitirás a la multitud y a la fama. Finalmente, refrena tu obstinación, y no sé qué indomable deseo de propagar tu nombre: y mejor adviérteme que busque a los líderes de esta multitud, y los busque con la mayor diligencia y esfuerzo, para que aprenda de ellos sobre estas escrituras, quienes, si no existieran, no sabría que se debe aprender en absoluto. Tú, en cambio, regresa a tus escondites, y no aceches nada bajo el nombre de la verdad, que intentas arrebatar a aquellos a quienes tú mismo concedes autoridad.

32. Pero si niegan que se debe creer en Cristo, a menos que se dé una razón indudable, no son cristianos. Pues esto es lo que algunos paganos dicen contra nosotros, ciertamente de manera insensata, pero no contradictoria ni opuesta a sí mismos. Pero, ¿quién podría soportar que se profesen pertenecer a Cristo, quienes, a menos que presenten una razón clarísima sobre Dios a los necios, sostienen que no se debe creer en nada? Sin embargo, vemos que Él mismo, según la historia que ellos mismos creen, no quiso nada antes ni más fuerte que ser creído: cuando aquellos con quienes trataba aún no eran aptos para percibir los secretos divinos.

¿Qué otra cosa hacen tantos y tan grandes milagros, cuando Él mismo dice que se hacen solo para que se crea en Él? Él guiaba a los necios con fe, vosotros los guiáis con razón. Él clamaba para que se creyera en Él, vosotros os oponéis. Él alababa a los creyentes, vosotros los reprendéis. A menos que, en verdad, Él hubiera convertido el agua en vino (Juan XI, 7-9), por no mencionar otras cosas, si los hombres pudieran seguir a alguien que no hiciera tales cosas, sino que enseñara: o esa voz no debe ser considerada, Creed en Dios, y creed también en mí (Id. XIV, 1); o debe ser culpado de temeridad aquel que no quiso que Él entrara en su casa, creyendo que la enfermedad de su siervo cesaría solo con su mandato (Mat. VIII, 8). Por lo tanto, Él, trayendo la medicina que sanaría las costumbres más corruptas, con milagros concilió autoridad, con autoridad mereció fe, con fe reunió multitud, con multitud obtuvo antigüedad, con antigüedad fortaleció la religión: que no solo la novedad más inepta de los herejes, actuando con fraudes, sino ni siquiera el error vetusto de las naciones, oponiéndose violentamente, podría en alguna parte derribar.

CAPÍTULO XV.

33. La Sabiduría de Dios encarnada, el camino más conveniente hacia la religión. Por lo tanto, aunque no puedo enseñar, no dejo de advertir que, ya que muchos quieren parecer sabios, y no es fácil discernir si son necios; con toda intención, con todos los votos, con gemidos finalmente, o incluso, si es posible, con lágrimas, ruega a Dios que te libere del mal del error, si la vida bienaventurada es tu deseo. Lo cual se logrará más fácilmente si obedeces de buen grado sus preceptos, que quiso que fueran firmados con tanta autoridad de la Iglesia católica. Pues como el sabio está tan unido a Dios en mente, que nada se interpone que lo separe; Dios es la verdad; y de ninguna manera es sabio alguien, si no toca la verdad con su mente: no podemos negar que entre la necedad del hombre y la verdad purísima de Dios hay algo intermedio, que es la sabiduría del hombre. Pues el sabio, en la medida en que le es dado, imita a Dios; pero al hombre necio, para imitar saludablemente, nada hay más cercano que el hombre sabio: a quien, como se ha dicho, no es fácil entender con razón, era necesario que se presentaran ciertos milagros a los mismos ojos, que los necios usan mucho más cómodamente que con la mente, para que, movidos por la autoridad de los hombres, primero se purificaran en vida y costumbres, y así se hicieran aptos para recibir la razón. Por lo tanto, como el hombre debía ser imitado, y no se debía poner la esperanza en el hombre; ¿qué pudo hacerse más indulgente y liberalmente por parte de la divinidad, que la misma Sabiduría pura, eterna e inmutable de Dios, a la que debemos adherirnos, se dignara asumir al hombre? Quien no solo hiciera aquellas cosas por las que fuéramos invitados a seguir a Dios; sino que también sufriera aquellas por las que fuéramos disuadidos de seguir a Dios. Pues como nadie puede alcanzar el bien más cierto y supremo, a menos que lo ame plena y perfectamente; lo cual de ninguna manera sucederá mientras se teman los males del cuerpo y los fortuitos: Él, naciendo maravillosamente y obrando, concilió el amor; pero muriendo y resucitando, excluyó el temor. Y en verdad, se mostró tal en todas las demás cosas, que sería largo de relatar, para que sintiéramos tanto la clemencia divina que se extiende, como la debilidad humana que puede elevarse.

CAPÍTULO XVI.

34. Autoridad divinamente establecida, que en parte por milagros, en parte por la multitud de seguidores, mueve a la fe. Esta es, créelo, la autoridad más saludable, esta es primero la suspensión de nuestra mente de la morada terrenal, esta es la conversión al Dios verdadero del amor de este mundo. Es la única autoridad que mueve a los necios a apresurarse hacia la sabiduría. Mientras no podemos entender las cosas puras, ciertamente es miserable ser engañado por la autoridad: pero ciertamente es más miserable no ser movido. Pues si la

providencia de Dios no preside sobre las cosas humanas, no hay nada que hacer sobre la religión. Pero si tanto la apariencia de todas las cosas, que ciertamente se debe creer que mana de alguna fuente de belleza verísima, como una cierta conciencia interior que exhorta a las mejores almas, tanto pública como privadamente, a buscar a Dios y servirle; no se debe desesperar de que por el mismo Dios se haya establecido alguna autoridad, por la cual, como por un escalón seguro, nos elevemos hacia Dios. Pero esta, dejando de lado la razón, que como hemos dicho a menudo, es muy difícil de entender para los necios, nos mueve de dos maneras; en parte por milagros, en parte por la multitud de seguidores. Nada de esto es necesario para el sabio; ¿quién lo niega? Pero ahora se trata de que podamos ser sabios, es decir, adherirnos a la verdad: lo cual ciertamente no puede un alma sucia. Pero las suciedades del alma, para explicarlo brevemente, son el amor de cualquier cosa, excepto del alma y de Dios: de las cuales suciedades, cuanto más purgado esté alguien, tanto más fácilmente contempla la verdad. Querer ver la verdad, para purgar el alma, cuando se purga para ver, ciertamente es perverso y absurdo. Por lo tanto, al hombre que no puede contemplar la verdad, para que se haga apto para ello, y se deje purgar, la autoridad está presente: la cual, como dije un poco antes, nadie duda que vale en parte por milagros, en parte por la multitud. Llamo milagro a cualquier cosa ardua o inusual que aparece por encima de la esperanza o capacidad del que se maravilla. En este género, nada es más apto para los pueblos y en general para los hombres necios, que lo que se presenta a los sentidos. Pero nuevamente, estas se dividen en dos: pues algunas solo causan admiración; otras, sin embargo, concilian también gran gracia y benevolencia. Pues si alguien ve a un hombre volar, cuando esa cosa no le aporta al espectador nada más que el espectáculo mismo, solo se maravilla. Pero si alguien afectado por una enfermedad grave y desesperada, tan pronto como se le ordena, se recupera, la admiración por su salud superará incluso el amor por el sanador. Tales cosas sucedieron en aquel tiempo cuando Dios aparecía a los hombres en un verdadero hombre, tanto como era necesario. Los enfermos fueron sanados, los leprosos limpiados; a los cojos se les devolvió el andar, a los ciegos la vista, a los sordos el oído. Los hombres de aquel tiempo vieron el agua convertida en vino, cinco mil alimentados con cinco panes, mares cruzados a pie, muertos resucitando: así, algunas cosas con un beneficio más manifiesto para el cuerpo, otras con un signo más oculto para la mente, y todas como testimonio de la majestad para los hombres, consultaban: así, en aquel entonces, la autoridad divina movía las almas errantes de los mortales hacia sí misma. ¿Por qué, preguntas, no suceden estas cosas ahora? Porque no moverían, a menos que fueran maravillosas: pero si fueran habituales, no serían maravillosas. Pues las alternancias del día y la noche, y el orden más constante de las cosas celestiales, la conversión cuatripartita de los años, las hojas que caen y regresan a los árboles, la infinita fuerza de las semillas, la belleza de la luz, la variedad de colores, sonidos, olores y sabores, da a alguien que las vea y sienta por primera vez, con quien sin embargo podamos hablar; se embota y se abruma con los milagros: pero nosotros despreciamos todas estas cosas, no por la facilidad de conocerlas; ¿qué hay más oscuro que las causas de estas cosas? pero ciertamente por la asiduidad de sentir las. Por lo tanto, aquellas cosas se hicieron en el momento más oportuno, para que con ellas se congregara y propagara una multitud de creyentes, y la autoridad se convirtiera en útil para las costumbres.

CAPÍTULO XVII.

35. Las buenas costumbres útiles para los pueblos persuadidas por la autoridad. La autoridad de la Iglesia católica. Las costumbres, sin embargo, valen tanto para obtener las mentes de los hombres, que incluso lo que hay de malo en ellas, lo cual sucede casi siempre por las pasiones predominantes, podemos desaprobalo y detestarlo más rápidamente que abandonarlo o cambiarlo. ¿Crees que se ha hecho poco por los asuntos humanos, que nada

terrenal, nada ígneo, nada que toque los sentidos del cuerpo, se debe adorar como Dios, a quien se debe aspirar solo con el intelecto, no solo lo discuten algunos doctísimos, sino que incluso el vulgo ignorante de hombres y mujeres en tantas y diversas naciones lo cree y lo proclama? ¿Que la continencia hasta el más mínimo sustento de pan y agua, y no solo el ayuno diario, sino también prolongado por varios días consecutivos; que la castidad hasta el desprecio del matrimonio y la prole, que la paciencia hasta el desprecio de las cruces y las llamas, que la liberalidad hasta la distribución de patrimonios a los pobres, que finalmente el desprecio de todo este mundo hasta el deseo de la muerte se extiende? Pocos hacen estas cosas, menos aún las hacen bien y prudentemente: pero los pueblos las aprueban, los pueblos las escuchan, los pueblos las favorecen, finalmente los pueblos las aman: los pueblos acusan su propia debilidad, que no pueden hacer estas cosas, no sin un avance de la mente hacia Dios, ni sin ciertas chispas de virtud. Esto se ha hecho por la providencia divina a través de las profecías de los profetas, a través de la humanidad y la doctrina de Cristo, a través de los viajes de los Apóstoles, a través de las afrentas, cruces, sangre y muertes de los mártires, a través de la vida elogiada de los santos, y en todas estas cosas, milagros dignos de tales cosas y virtudes según la oportunidad de los tiempos. Por lo tanto, viendo tanta ayuda de Dios, tanto progreso y fruto, ¿dudaremos en refugiarnos en el seno de su Iglesia, que hasta la confesión del género humano, desde la Sede apostólica a través de las sucesiones de obispos, con los herejes ladrando en vano alrededor, y en parte por el juicio del mismo pueblo, en parte por la gravedad de los concilios, en parte también por la majestad de los milagros condenados, ha obtenido la cumbre de la autoridad? ¿A la cual no querer darle el primer lugar, es ciertamente de suma impiedad, o de precipitada arrogancia? Pues si no hay un camino seguro hacia la sabiduría y la salvación de las almas, a menos que la fe preceda a la razón; ¿qué es otra cosa que ser ingrato a la ayuda y auxilio divino, que querer resistir con tanto esfuerzo a la autoridad mencionada? Y si cada disciplina, aunque sea vil y fácil, requiere un maestro o instructor para ser comprendida; ¿qué hay más lleno de temeraria soberbia, que no querer conocer los libros de los sacramentos divinos por sus intérpretes, y querer condenarlos desconocidos?

CAPÍTULO XVIII.

36. Conclusión mediante exhortación. Fábula persa. Por lo tanto, si algo te ha conmovido, ya sea por la razón o por nuestro discurso, y si, como creo, te preocupas verdaderamente por ti mismo; quisiera que me escuches, y te encomiendes con fe piadosa, esperanza alegre y caridad sencilla a los buenos maestros de la cristiandad católica: y no ceses de orar al mismo Dios, por cuya bondad única hemos sido hechos, y por cuya justicia sufrimos penas, y por cuya clemencia somos liberados. Así, no te faltarán ni las enseñanzas y disputas de los hombres más doctos y verdaderamente cristianos, ni los libros, ni los mismos pensamientos serenos con los que fácilmente encuentres lo que buscas. Pues abandona por completo a esos verbosos y miserables (¿qué otra cosa más suave podría decir?), que mientras buscan demasiado de dónde viene el mal, no encuentran nada más que el mal. En esta cuestión, a menudo levantan a los oyentes para que busquen: pero enseñan a los excitados de tal manera, que es mejor dormir siempre que despertar de esa manera. Pues de los letárgicos hacen frenéticos: entre los cuales males, aunque ambos son a menudo mortales, esto sin embargo es diferente, que los letárgicos mueren sin molestar a otros; pero el frenético es temido por muchos sanos, y especialmente por aquellos que quieren ayudar. Pues ni Dios es el autor del mal, ni nunca se ha arrepentido de haber hecho algo, ni se turba por ninguna tempestad de conmoción del ánimo, ni una partícula de tierra es su reino, no aprueba ni ordena ninguna maldad o crimen, nunca miente. Pues estas cosas y otras similares nos movían, cuando las atacaban con grandes invectivas, y acusaban a la disciplina del Antiguo Testamento de ser

así: lo cual es completamente falsísimo. Por lo tanto, concedo que los reprendan correctamente por estas cosas. ¿Qué, entonces, he aprendido? ¿Qué crees, sino que cuando estas cosas son reprendidas, la disciplina católica no es reprendida? Así, lo que aprendí como verdadero entre ellos, lo mantengo: lo que pensé que era falso, lo rechazo. Pero también muchas otras cosas me ha enseñado la Iglesia católica, que esos hombres exangües en cuerpo, pero gruesos en mente, no pueden aspirar: a saber, que Dios no es corpóreo, que ninguna parte de Él puede ser percibida por los ojos corporales, que nada de su sustancia y naturaleza es de ninguna manera violable o mutable, o compuesto, o ficticio; que si me concedes esto (pues no se debe pensar de otra manera sobre Dios), todas sus maquinaciones están subvertidas. Pero cómo es que ni Dios ha engendrado o hecho el mal, ni ha habido ni habrá nunca una naturaleza y sustancia que Dios no haya engendrado o hecho, y sin embargo nos libera del mal; se aprueba con razones tan necesarias, que no se puede dudar en absoluto: especialmente para ti, y para tales como tú; si, sin embargo, a un buen ingenio se le añade la piedad y una cierta paz de mente, sin la cual no se puede entender nada en absoluto sobre tales cosas. Y aquí no hay fama de humo, y no sé qué fábula persa, a la que basta con prestar oído, y un ánimo no sutil, sino claramente pueril. La verdad se tiene de manera completamente diferente, no como los maniqueos deliran. Pero como este discurso nuestro ha avanzado mucho más de lo que pensaba, aquí hagamos el fin del libro: en el cual quiero que recuerdes, que aún no he comenzado a refutar a los maniqueos, ni he atacado esas tonterías: ni he revelado algo grande sobre la misma Iglesia Católica; sino que solo he querido erradicar en ti, si pudiera, la falsa opinión sobre los verdaderos cristianos maliciosamente o ignorantemente insinuada en nosotros, y elevarte a aprender algunas cosas grandes y divinas. Por lo tanto, que este volumen se mantenga así: y con tu ánimo más apaciguado, tal vez seré más dispuesto en los demás.